

Recorrido. Granada, *“Lloren como mujeres, pues no pelearon como caballeros*

Estas palabras ponía en boca de un morisco Fray Antonio de Guevara en sus “Epístolas familiares”, donde recogía la leyenda del “Suspiro del moro”. Llorara o suspirara, cuando Boabdil emprendió su camino a las Alpujarras no dejaba atrás sólo un reino sino el último reino musulmán de España. Más allá de la nostalgia, la toma de Granada suponía para unos el fin de su historia y el comiendo de la exclusión y el exilio, para otros el fin de una guerra que daba comienzo a una nueva historia. Simultáneamente Granada era el paraíso perdido y recuperado.



La ciudad se transformó en símbolo del pasado, del presente y del futuro. Allí estaban los orígenes míticos de la España primigenia fabulada en los plomos del Sacromonte. Allí se había concretado el fin de una lucha sagrada con atisbos de cruzada que hacían de Granada una suerte de Jerusalén hispana. No extrañó que los Reyes Católicos incluyeran su emblema en el escudo de su recién nacida nación, ni que desplazaran su enterramiento de la ancestral Toledo a la vieja Granada. Tampoco fue raro que Carlos V levantara una catedral para el mismo fin, que recordaba el Santo Sepulcro jerosolomitano. Pero no todo era pasado, Granada era imagen del futuro de una España renacida como un fénix. Ésta dejó su sello sobre los delicados palacios nazaríes en la forma rotunda y clásica del palacio de Carlos V. Opuso al aire morisco del Albaicín y sus cármenes, una ciudad nueva de calles rectas, palacios, monasterios y plazas renacentistas. El logos se sobreponía a lo instintivo, lo público a lo íntimo, la gravedad de la historia a la levedad de la poesía.



Y sin embargo todo sobrevivió. En las calles, en La Alhambra, en las formas de vida, todo lo que rezuma orientalismo es a la vez occidental, todo lo que mueve los sentidos termina por encarnar a la razón. Granada es una síntesis extraordinaria que sólo estando atento a su sutil geometría permite ser comprendida.

DATOS

Duración: